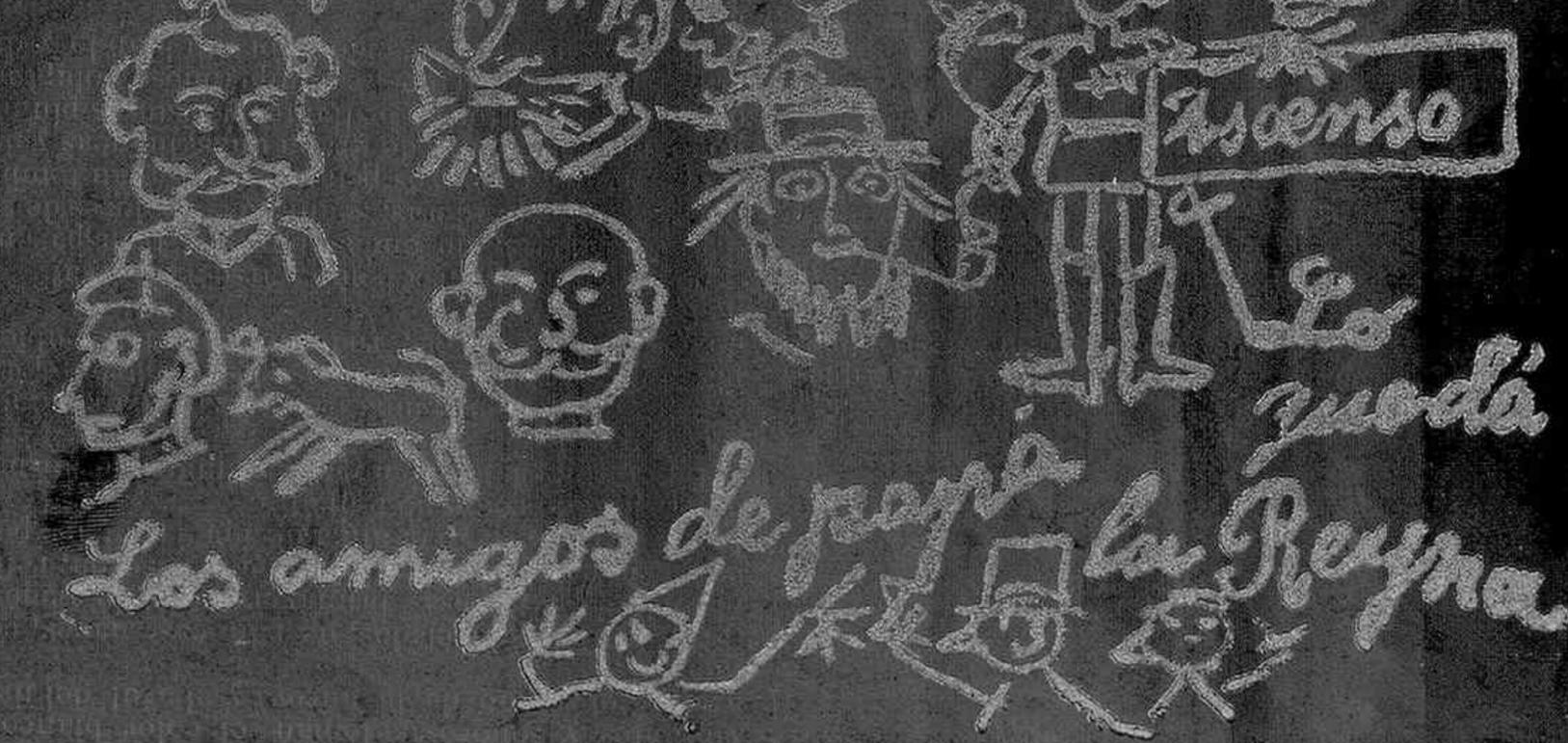


# Pluma y Lápiz





El batallón que manda  
mi papá



Los amigos de papá  
La Reyna

# El sol de la bohemia ó la bohemia sin sol

II

## La gran noche de Pelayo del Castillo

SEÑOR Moles ¿esta noche es el estreno de mi pieza *El que nace para ochavo...* en el Teatro Español?

—Así parece.

—Es posible que el público me llame á la escena...

—Mucho me alegraría, pues sería señal de que gustaba la obra, única que he podido colocar de las cinco que usted me ha vendido.

—Pues bien, vengo á pedir á usted dos favores.

—Usted dirá.

—Suplico á usted que me adelante un duro, que ya se desquitará de otra obra que escriba, porque si el público me llama, yo no puedo salir á escena con esta camisa.

El editor Moles sacó un duro del bolsillo y se lo dió á Pelayo.

—Además — continuó diciendo éste — deseo, como es natural, asistir á la representación de mi obra, y como no conozco á nadie en el teatro, pues no se han dignado avisarme para los ensayos, ruego á usted que me proporcione una entrada.

—Media hora antes de empezarse la función tendrá usted en el despacho de billetes una localidad

de anfiteatro, porque supongo que no querrá butaca...

El autor salió de casa del editor. Pelayo estaba radiante. Era un sapo henchido de vanidad y pretensiones, y aunque la obra que iba á estrenarse poco debiera haberle importado pecuniariamente, puesto que había vendido la propiedad, el triunfo escénico preocupábale hondamente. Por fortuna hallábase medio vestido. Tenía una gorra mugrienta, pero saldría sin ella á escena. Llevaba un jaique de verano, especie de hopalanda de merino, que cuatro ó cinco años antes había estado de moda en Madrid. Su pantalón negro con flecos podía pasar. Su calzado tenía algunas incisiones en la piel, por donde asomaban la de sus pies sin calcetines, pero un limpia-botas se encargaría de ocultar estos inconvenientes. El de la suciedad de la camisa esta-



ba salvado con el duro que le había dado el editor... Pero ¿gastar doce ó catorce reales en una camisa! Aquello era monstruoso para Pelayo, que siempre se vestía con pingos ajenos. ¡Doce reales gastados en una cosa superflua, habiendo tanto alcohol en el mundo! La casualidad vino á sacarle de sus vaci-

## El niño rico

por MANUEL DE TOLOSA LOTOUR  
(El Doctor Fausto)

EPISODIO DE NAVIDAD)

LA víspera de Noche Buena, el niño que tenemos todos vivo en el corazón, los que no sentimos envidia de nada y amamos al prójimo algo más que á nosotros mismos, se despierta y me obliga á recorrer los sitios que frecuentaba hace años con tantos deseos y tantas ilusiones.

Vuelvo á visitar los puestos donde venden figurillas de barro; compruebo la frescura del musgo y del ramaje; me detengo á observar cómo eligen las panderetas, tambores, zambombas y rabeles los pequeños concertistas, y me deleito—¿por qué no decirlo?— ante los nacimientos de corcho y cartón que expenden artistas desconocidos. Desde luego las figurillas me parecen más bastas que las de antaño, aun cuando estén vaciadas en los mismos moldes, como diría algún crí-

lico sin modelar; no encuentro ya los muñequillos liliputienses de caritas finas, morenos ó rubios, bien trazaditos, con peanas minúsculas que se disimulaban perfectamente entre la arena, el vidrio molido y el yeso que representaban el duro suelo, la escarcha y la nieve; abundan solamente las figuras granadinas, demasiado grandes, y otras toscas, desproporcionadas hasta tal punto, que los pavos parecen girafas y los corderos tienen la alzada de jacas. Además noto con pena que mis sucesores no examinan detenidamente, como lo hacíamos antaño, la tersa piel de las panderetas, ni eligen con perfecto conocimiento de causa el importantísimo tambor del cual sacábamos efectos que, por los ruidosos, para sí los quisieran muchos autores de zarzuela. Por último, me desconsuela la lenta, pero continua desaparición del nacimiento de fantasía en la vieja plaza de Santa Cruz.

Ya los construyen por contrata; algunos son de frágil barro con enormes molinos enharinados, una ciudad

que se asoma al abismo y un portal de Belén con verja de plomo!...

Me agrada, sin embargo, hallar algún puestecito donde se ve algún nacimiento clásico de corcho y algunas casitas de cartón bien trazadas y delicadamente hechas. Junto á sus obras se halla el artista, que las acaricia con la mirada, impide que una zarpa infantil se apodere de la casa quemada ó del corral, para verlos *nada más*, y destruya en un instante la labor de varios meses. El pobre hombre no permite el regateo, y sufre de modo indecible si le hablan de otros peñascos *más baratos* que el suyo. Sus ilusiones duran hasta el día 24, y se prolongan acaso dos ó tres días más, esperando llegue el hombre de gusto que le adivine y le recompense; padre quizá amantísimo que ansía llevar, aunque sea tarde, á la cabecera de su hijo enfermo lo mejor que encuentra, alentado por una próxima y feliz convalecencia ó desesperado ante un mal terrible y mortal, durante cuyas horas de tregua se oye al infeliz mártir exclamar con la in-

laciones. Pasó por una tienda en la que aún había camisolines en el escaparate, y compró, mediante seis reales, una de estas prendas, ya en desuso, que eran una pechera y cuello de camisa. Fue, pues, á colocarse el camisolín á la Cuesta de la Vega, en donde le sirvió de espejo una fuente, y en cuanto á lo de la limpieza del calzado, lo reservó para última hora, para que éste resultara más brillante. Aquel día pudo contenerse y bebió poco, como los toreros en vísperas de corrida.

\* \* \*

Llegó la noche; el Teatro Español se llenó de espectadores; Pelayo ocupó su localidad y comenzó la representación. Hicieron primero un drama ó comedia (no recuerdo cual) que el gran bohemio oyó como quien oye llover estando bajo techado. Hubo un entreacto con sinfonía, y alzóse el telón para la ejecución de la comedia nueva.

Pelayo sintió un deslumbramiento.

El argumento de *El que nace para ochavo...* es vulgarísimo: un poeta miserable y hambriento, que no paga su hospedaje, pero el diálogo, en verso, resulta lleno de gracia, corrección y facilidad. El público le acogió con frecuentes risas. Pelayo, desvanecido, miraba á la escena y al público. Llegó un monólogo, en el que el poeta, caracterizado por el actor cómico, de tercer orden, pero que estuvo muy bien en toda la obra, declama el siguiente romance:



Y el público prorrumpió en un nutrido aplauso, que estremeció al gran bohemio de alegría. Aunque la pieza se hace aun más vulgar en su segunda mi-

tad, como la bondad del diálogo se sostiene, terminó en un éxito verdadero y merecido, pidiendo el público con insistencia al autor; y le pidió con doble motivo, porque había cundido la voz de que era un golfo desvencijado.

Pelayo, loco, desvanecido, vertiginoso, saltó de su asiento, bajó como un torbellino la escalera, entróse en el saloncillo del teatro, y llegó al escenario, en el momento en que un actor estaba diciendo á los espectadores que la pieza que habían tenido el honor de representar era original de don Pelayo del Castillo. Le llamaron tres veces á escena, y cuando por fin cayó el telón, vióse rodeado de los actores y de Moles, que le daban la enhorabuena.

El autor aplaudido estaba atontado. Moles, que previó que la pieza iba á dar dinero,

sistencia del alucinado: ¡Tráeme un nacimiento con fuente, papáito!...

Ante uno magnífico, encontré parado, hace algunos años, á un señor viejo, alto, erguido, bien trajeado, que llevaba detrás un muchacho cargado con un serón de vituallas y cosas escogidas. Un coro de granujillas le seguía desde la Plaza Mayor; iban asediándole uno á uno con cantinelas repetidas; los pobres que merodean por allí le tomaban las vueltas, pero él alargaba de vez en cuando á los chiquillos una moneda de cobre, y hala, hala, de dos zancadas se plantaba delante de otro puesto, daba cien vueltas, iba de un lado á otro, como si le persiguiera alguien, y se llevaba lo mejor de todas partes, impaciente, sin regatear, dejando estupefactas á cuantas económicas más abandonaban á unas lavanderas, un baile, un rebaño y unos pastores adorando, separados ya y patas arriba, por caros y feos, sin hacer caso de los expresivos tirones de la prole contrariada y carillorosa.

Me divertía mucho observar el cuadro, y gozaba como si hubiese

sido yo el niño para quien compraban tantas cosas bonitas. ¡Indudablemente todo aquello era para un niño rico!

Lo más curioso es que yo conocía de vista aquel rostro noble y simpático. Recordaba haberle contemplado, cejijunto y grave como ahora, pero me era imposible evocar la escena donde representó algún papel importante. Los médicos vemos tantas caras, que es muy difícil encasillar todas, como se ordenan los retratos de un álbum de amigos, y mucho menos emparejar la fisonomía con un nombre conocido. Volvimos al puesto del nacimiento, pues yo le seguía á distancia.

¡Vaya un nacimiento! El artífice era viejo, como el futuro comprador, y el peñasco pertenecía al más refinado de los estilos. Aquello era una *escultura*, al decir del vendedor. *Todo talla*. Una cosa *verdad*, de duración eterna, desarmable, con río natural, fuente de *juegos*, ciudad con efectos de luz, molinos de movimiento, dos puentes, uno colgante y otro de piedra, apriscos, corrales, cascada misteriosa (es decir, una gruta transparente

con cristal verde en el fondo), hogueras, para los pastores, con talco rojo, también transparente... en fin, una maravilla.

Mi simpático conocido asentía, hundiendo la barba en el cuello del gabán de pieles, y la gente, admirada, esperaba con anhelo el término de aquella compra como si se hubiera tratado de una transacción trascendental en Bolsa.

Los *golfos*, espantados ante tamaña grandeza, ya no pedían, meditaban acerca de la felicidad del *niño rico*, y en cuanto al mozuelo del serón, no sentía el enorme peso en las espaldas; experimentaba un verdadero orgullo, y quizá calculaba la copiosa propina que le aguardaba.

Convinieron el precio: ¡TREINTA DUROS!

El anciano entreabrió el gabán, sacó la cartera, y al oír que el vendedor le preguntaba temblando de emoción: *¿Y dónde hay que llevarlo, señor?* Añadiendo con amor de artista: *yo mismo colocaré las figuras y lo dejaré corriente, ya verá usted cómo le gusta al niño...* Se quedó inmóvil y



llevó aparte á Pelayo, y le dijo:

—Aunque nada debo á usted, porque el trato es trato, ahí tiene esos tres duros, que con el de esta mañana son cuatro, para que se dé usted una vuelta.

El bohemio tomó los tres duros, se despidió torpemente de los que allí estaban, y salió del teatro por la puerta de la calle del Lobo (hoy de Echegaray). Necesitaba aire y expansión, y además quería evitar el encuentro de sus amigos y satélites, de los cuales había entrevisto á Marquina y Guyón en el teatro. Hubiérale satisfecho oír sus felicitaciones y

dejarse admirar de ellos; pero su ruin egoísmo se sobrepuso á este deseo. Quería gozar y saborear solo su triunfo. Pelayo era el hombre de las antítesis, lo cual constituía su especialidad. Anita la gallega, de la que no sé si se acordará el lector, le dijo un día: «¡Oh! Pelayo, no puedes figurarte lo hermoso que te pones cuando duermes!» y á consecuencia, una tarde, el autor de estas líneas pecadoras, cuando tenía el disgusto de vivir en la misma casa que él, halló al gran bohemio tendido en la cama, con un espejo delante de los ojos casi cerrados; quería verse dormido. Esto, aunque parece un cuento de Hoffman, es de una rigurosa exactitud. Pues bien ¿cómo aquél hombre tan física y moralmente pretencioso, se presentaba siempre sucio y envuelto en harapos?

\* \* \*

Pelayo sintió hambre. Hacía cinco ó seis días que no había comido caliente, y aquel de su triunfo teatral, sólo le pasó con dos sardinas y medio panecillo. Quiso, pues, propinarse una cena tan espléndida como su tacañería lo permitiese. Aquella noche no se presentó en la *Taberna del barbas*, y encaminóse de solana á otra situada en la Glorieta de Bilbao, que se cerraba á altas horas de la madrugada. Allí, pidió cincuenta céntimos de judías, y como el aguardiente no se armoniza con este manjar, una botella de vino. Comió, bebióse la botella y después otra y luego dos copas del Mono, á guisa de sosiega, y como iba á cerrarse el chiscón, salió de allí tambaleándose. Se había levantado aire frío y violento, lo cual perturbaba aun más á Pelayo. Ni él, ni yo, ni nadie podría decir por donde anduvo; sólo sí diré que se metió por una callejuela que desembocaba en un paseo (el de Areneros quizá), y sintiendo deseos de orinar, para hacerlo resguardado del viento, se apoyó en el quicio de la puerta de una casucha. Como se tambaleaba, quiso sostenerse en la puerta y vió que ésta cedía porque estaba abierta, dejando escapar un calorito agradable. Empujóla, dió algunos pasos en un antro completamente obscuro; enredóse los pies en una cosa blanda, que parecía paja, y dejóse caer sobre ella, como lo hacía otras veces, en los bancos de las plazas ó en las aceras de las calles. Aquel an-



como pensativo, murmurando entre dientes: *Espera usted...*

—No corre prisa, caballero, ya me lo pagará en casa, repitió el infeliz, que sentía desvanecerse su esperanza.

Entonces el rostro del señor se enrojeció, contrayéndose con expresión aguda de dolor; me acerqué á él temiendo le fuese á ocurrir algo, llevado por la simpatía que inspiraba la persona conocida y mi instinto médico, y al verme me contempló de hito en hito, me tendió la mano y exclamó con voz ahogada: *¡Doctor, qué pena tan grande!*

Al oír aquellas palabras, se iluminó mi mente. Sí, indudablemente; aquel era el Duque de Villaexcelsa, á cuya casa fuí de consulta para ver un nietecillo moribundo. Con inoportunidad, ciertamente, mi presencia evocó la terrible noche en que murió la pobre criatura, sin que bastaran á salvarle los millones de los padres ni la ciencia de mis ilustres compañeros. Dios, sin duda, me llevó allí como cortesano del dolor, y el apretón de manos que sentía me recordaba el otro doloroso, íntimo y cordial,

de dos corazones que comprenden los matices del sufrimiento.

El público que nos rodeaba con ese instinto especial y egoísta de los indiferentes, que siempre abandonan al triste, fué desfilando; quedaron los pobres á la espera de una limosna, el vendedor espantado é inquieto y yo confuso y turbadísimo.

¡Qué niño tan bonito y tan inteligente! Con cuánta dulzura se prestó á nuestros pertinaces reconocimientos; con qué ternura acariciaba la hermosa cabeza blanca del abuelo. Este era un título linajudo, de rancia cepa, claro talento y generosos arranques. Cifrabá toda sus esperanzas en aquel vástago de su raza, huérfano de padre.

Recordé toda la pompa del suntuoso entierro y me parecía estar viendo el hermoso proyecto de mausoleo en San Isidro que había trazado un escultor amigo mío.

¡Torpe de mí que no reconocí antes al dolorido anciano! Inconscientemente había evocado con mi presencia el dolor, amargando el placer que experimentaba al comparar aque-

llas deliciosas pequeñeces para algún otro nietecillo.

Reportóse el Duque, pagó al vendedor y volviéndose á mí me dijo:—Usted es médico de no sé que Asilo de Huérfanos ó niños pobres ¿no es cierto? Pues hágame el favor de regalarles de mi parte el nacimiento y todas estas cosas que he comprado. No me califique de *chiflado* ó de *loco*, como mis colegas del Senado, pues como ya sabrá, hace meses que de golpe olvidé mi último discurso en plena sesión. Estoy aislado ya de todo el mundo, no tengo ilusiones de ningún género y he hecho todo esto no sé por qué, maquinalmente quizá, por auto sugestión, como ustedes dicen. Es tan grato olvidar y soñar!...

—Pero, murmuré, acaso Luisito...

—Era hijo único, Doctor, y mi pena es única también...

Marchóse el anciano llorando, después de apretarme de nuevo la mano y yo me apresuré á cumplir su encargo diciendo á los huérfanos desamparados que rezaran por los infelices y abandonados padres de un niño rico.

tro era la pequeña cuadra de un borriquito que pertenecía á un vendedor de tiestos ambulante. Momentos antes había éste salido de la cuadra, dejando entornada la puerta, para beber un vaso de vino en una taberna contigua, y en aquel preciso momento colóse Pelayo en la *ecurie* como dicen los franceses; ¡misterios de la providencia que quiso proporcionar al insigne autor de *El que nace para ochavo...* un lecho digno de él! Salíó el vendedor de la taberna, y achacando al viento el que estuviese

abierta la puerta de la cuadra, la cerró con llave, y se metió en su casa, que estaba al lado.

Pelayo durmió el sueño de la gloria escénica y del peleón.

Ya día claro, despertóle un ruido estrepitoso y estridente, producido por el burro que rebufnaba, tal vez saludando á la mañana, quizá pidiendo el pienso matinal retrasado. Poco después abrió el vendedor la puerta de la cuadra, y viendo al bohemio tendido sobre el montón de paja, volvió á cerrarle, y entre temeroso y mal intencionado, llamó á una pareja de orden público madrugadora. Entró en la cuadra; Pelayo estaba en el crepúsculo del sueño; un guardia, tocándole con el pie, le dijo:

—¡Eh, arribal ¿qué hace usted ahí?

—Descansar de haber dormido—contestó el gran autor.



—Esto no es mesón ni posada—replícóle el vendedor ambulante.

—¡Ea, pronto, levántese usted!—dijo el otro guardia.

Pelayo se incorporó sobre un codo.

—¿Cómo ha entrado usted aquí, quién es usted, cómo se llama?—repuso el guardia.

Entonces el bohemio se levantó, sacudióse partículas de paja que se le habían enredado en el pelo, é irguiéndose altanero, dijo con acento de soberbio desdén:

— Soy don Pelayo del Castillo del Castillo, autor de *El que nace para ochavo...*

\* \* \*

Guyón se enteró de la odisea de aquella noche de Pelayo, como se enteraba de todo; y en su manía poética, improvisó la siguiente disparatada estrofa alusiva:

Si Cervantes no cenó  
cuando acabó su *Quijote*  
(según Serra consignó),  
el gran Pelayo Castillo,  
cuando le hicieron *su ochavo*,  
en una cuadra durmió  
hasta que le despertó  
un compañero con rabo.

F. MORENO GODINO

## Las tres reinas

SE oye el tañido de una campana, la del palacio del Capitolio, que lanza su clamor al espacio. De un extremo á otro del Corso flotan banderas, gallardetes y flámulas. Los vendedores de periódicos atruenan el aire con sus gritos. Por doquier se ven estandartes verdes, blancos y rojos. Los hay en todas partes; junto á esas piedras venerables que, en Roma, parecen restos de un naufragio que sobrenadan sobre los abismos del tiempo; junto al Panteón cuyos cimientos fueron echados al principiar la era cristiana; las hay en el Foro Romano y en el enorme Coloseo.

¿Qué ha ocurrido?

Un feliz acontecimiento.

La familia real ha aumentado: acaba de nacer una princesita, á quien se ha dado el nombre de Mafolda. ¿De dónde proviene este nombre? Los periódicos recuerdan la historia de aquella antigua princesa Ma-

tilde de Saboya, que en tiempos de Federico Barbarroja fué reina de Portugal. Los *lealistas* italianos se entusiasmaban, pero había algo de inquietud en su entusiasmo. Desde hace tiempo la nación desea el nacimiento de un príncipe á fin de asegurar la sucesión directa de la casa de Saboya. No tan sólo la princesita Mafolda acababa de entrar en el campo de batalla de la vida, sino que entró en condiciones que suscitaban ciertos recelos en el alma de los fieles servidores de la dinastía. La reina ha librado un mes antes de lo que los sapientísimos doctores de la corte habían previsto, y esto pudo parecer grave; pero luego los médicos han asegurado oficialmente que nada había de anormal en el caso.

Si ocurriera que el rey Víctor Manuel muriera sin dejar heredero varón ¿quién ocuparía el trono?

Suponiendo que viviera to-



LA REINA MARGARITA

avía el duque de Aosta, hijo de un hermano difunto del rey Humberto, sería rey de Italia, y en tal caso una francesa, la princesa Elena de Orleans, esposa del duque de Aosta, ceñiría la corona real. La corona recaería, pues, un día en el hijo del duque



LA REINA ELENA, DE ITALIA

y de la duquesa de Aosta, en el príncipe Humberto, nacido en Turín el 21 de Octubre de 1898.

Esta probabilidad, no por ser muy remota, deja de ofrecer pábulo á la curiosidad pública, y se mira con simpatía por aquellos que desean que haya una unión más íntima entre las razas latinas que descienden de un mismo tronco.

Se dice sin motivo alguno que existe cierta rivalidad entre las tres principales damas de Italia: la reina madre, la reina regente y la duquesa de Aosta, cuyo hijo es actualmente el heredero presunto del trono de Italia. Se quiere ver una prueba de la falta de simpatías en la poca prisa con que la reina madre y la duquesa han acudido á la cabecera de la reina, por más que estaban cerca de Roma.

Ciertamente que el pueblo italiano siente admiración, afecto y amor por la reina Margarita, la noble viuda del rey Humberto. No sólo es popular, sino que es el ídolo del pueblo.

Noble vástago, al igual que su esposo, de la casa de Saboya, esta princesa era para los italianos la soberana ideal, la grande reina latina por excelencia. Había soñado con hacer revivir las tradiciones artísticas de los principados italianos, y lo había conseguido por modo maravilloso. Virtuosa, pero sin hipocresía; generosa sin ostentación ni prodigalidad; erudita, sin pedantería; aristocrática, sin vano orgullo, sólo admitía en su intimidad á los intelectuales, á los sabios, á los artistas, á los poetas. Su encanto personal era tan grande, que supo atraer á la monarquía los republicanos más severos, como el gran poeta Carducci. Recientemente, sabiendo que Carducci estaba enfermo y necesitado, le compró en 500.000 francos su biblioteca, que regaló á la Universidad de Bolonia, de la cual el viejo maestro es todavía profesor honorario. Cuando reinaba, gustábala dar grandes fiestas, recepciones fastuosas. Tenía todas las cualidades para seducir á un pueblo de artistas cuyas opiniones antes dimanaban del sentimiento

que de la razón pura. Se comprende que la reina Margarita no debe de haber renunciado, sin pesar, al gran papel que representó en una corte magnífica.

La reina actual tiene grandes virtudes, pero no son las más adecuadas para cautivar al pueblo italiano. Dicen los romanos que carece de aquellas brillantes cualidades que seducen á los latinos; en cambio, posee todas las virtudes que hacen amable la vida del hogar, que son el ideal de su noble esposo, de una familia amantísima. Y por cima de estas dotes tiene otra que no puede menos de agradar á una raza de artistas: la perfecta belleza del rostro, la distinción y la gracia de su persona, la nobleza de su apostura un tanto altiva que heredó de sus indómitos ascendientes, los que en los riscos de la Tchernagosá opusieron su valor á las armas de los turcos. El rey adora en ella, y apenas salen el uno sin el otro, dando así á su pueblo noble ejemplo de fidelidad conyugal y de cristianas virtudes.

La tercera reina es la duquesa de Aosta, madre de ese niño al que algunas veces llama riendo: «Nuestro reyezuelo». Es una broma, sin duda, pero una broma significativa. ¿Qué madre no es ambiciosa cuando sueña en su hijo? Dicen cuantos la conocen que la duquesa de Aosta es una de las princesas más graciosas y seductoras de Europa. La conoce poco el pueblo, pero los aristócratas la adoran, admirando su cultura intelectual.

Dando quizá muy pronto al rey Víctor Manuel un heredero varón, la reina Elena disipará esperanzas poco fundadas para engendrar otras nuevas y más positivas, no estando, por otra parte, en época en que los príncipes se disputan el poder con encarnizamiento. Es demasiado pesado; no confiere bastantes privilegios ni permite la libertad que es ley de vida así para los reyes como para los ciudadanos. Si viviera hoy, Rómulo no mataría á Remo. Y á la princesa Mafolda no la amamanta una loba



LA DUQUESA DE AOSTA

como á los dos belicosos gemelos que fundaron á Roma, sino una plácida nodriza de exuberante seno á quien el rey eligió, según dicen, entre otras muchas sicilianas, piamontesas ó lombardas, porque era romana.

LUDOVICO NAUDEAU

## El Mundo al Día

**M**ARTES, 9.—Los buques de guerra de Inglaterra y Alemania se apoderan de un cañonero venezolano y bloquean el puerto de la Guayra.

Un crucero inglés, de gran marcha, dió caza y capturó á tres cañoneros más de los venezolanos, tripulados por 390 hombres, cerca de la desembocadura del Orinoco. Al propio tiempo, los representantes de las dos potencias europeas presentaron un *ultimatum* al presidente Castro, exigiendo una fuerte indemnización.

El general Castro, al saber el apresamiento de los buques venezolanos, decretó la prisión de todos los ingleses y alemanes. Tuvieron que escapar los cónsules y encargaron al representante norteamericano el cuidado de sus nacionales.

El conflicto suscitado en Venezuela es probable que termine pacíficamente. Muchos periódicos europeos temen que acarree un conflicto mucho más grave, pues varios diputados de los Estados Unidos han declarado que si Inglaterra intenta repetir en Venezuela lo que ha hecho en Egipto, no han de tolerarlo los yankees.

**M**IÉRCOLES, 10.—Se verifica en París el rapto de una señorita, rapto que, por las circunstancias especiales que le precedieron, llama poderosamente la atención en la vecina República. El doctor Marcile, famoso por sus fuerzas hercúleas, alquiló, hace un par de semanas cuando menos, un automóvil de gran marcha, y mandó que día y noche estuviera dispuesto para acudir, mediante una simple orden telefónica, al punto que indicara. Ocho veces cuando menos salió en vano el ligero carruaje. Nunca el doctor podía realizar su propósito. Por fin, el miércoles le fué favorable la suerte, y en compañía de un amigo suyo, cuñado de la señorita Le Play, arrebató á ésta, huyendo á toda máquina. Al cabo de veinticuatro horas se supo que los fugitivos, que por lo visto estaban de muy buen humor, se detuvieron en Compiègne para beber sendas copas de champagne. Después nada más se ha sabido de los dos tórtolos. En Bruselas y en Viena no han producido resultado alguno las pesquisas de la policía. La dueña del automóvil, una antigua tiple, Bob Walter, es la heroína del día en París, y de continuo ha de explicar á los reporters cuanto sabe del famoso rapto.

**J**UEVES, 11.— Aparece en Londres el primer número del *Diario de los Neurasténicos*, que tiene todo el aspecto de una broma colosal y que, sin embargo, parece que está hecho en serio. El tal periódico da cuenta de todo lo que ocurre, como otro colega cualquiera. Sólo difiere en el modo de decirlo. Teniendo en cuenta el estado de ánimo de los lectores para los cuales escribe, las noticias

y artículos todos están redactados de modo que los sucesos más tristes y dolorosos no produzcan depresión en la mente del que de ellos se entere. Para muestra, ahí van dos noticias:

«*Descarrilamiento*.—La máquina del tren número 274, al llegar cerca de Kuox, vió á unas vacas que pacían tranquilamente, y no pudiendo resistir al deseo de jugarles una mala pasada, salió de pronto de la vía. Las vacas huyeron despavoridas, de una manera tan grotesca, que los viajeros prorumpieron en una homérica carcajada. Diez y siete de ellos murieron de risa y algunos quedaron en mal estado. La máquina sufrió también averías: esto le enseñará á no hacer bromas intempestivas y á no salirse de la vía.»

«*Suicidio*.—Hace tiempo que una señora deseaba caer desde lo alto de la iglesia de San Pablo. Ayer realizó su propósito con toda felicidad, y satisfecho su anhelo, quedó inmóvil.»

Como pueden ver los lectores de PLUMA Y LÁPIZ el nuevo colega londonense promete tener agradabilísima lectura.



**V**IERNES, 12.—Pobiedonozev hace entrega á su sucesor Kramiski de los documentos, tesoros y reliquias que guardaba en su calidad de Procurador del Santo Sínodo de Rusia. Pobiedonozev ha sido, después del Czar, el primer personaje de Rusia durante diez y siete años. Hombre de una energía inquebrantable, fanático, intolerante, ha sido el alma de la reacción que se entronizó con Alejandro III y que continúa Nicolás II. Su excomunión á Tolstói dió origen á una carta famosa

escrita por el gran apóstol del amor y de la libertad y antes pasará á las generaciones futuras el nombre del siniestro Procurador por haberle citado Tolstói, que por sus propios méritos. Con Pobiedonozev desaparece una de las figuras más típicas y lúgubres de la vieja, atrasada y desdichada Rusia.

—El gobierno inglés aplaza la expedición al Somaliland.

**S**ÁBADO, 13.— Se celebra en el Cobden-Club de Londres una reunión general para protestar contra las tendencias proteccionistas del gabinete conservador. John Morley, antiguo ministro de Irlanda, resume los discursos y recuerda que la doctrina de Cobden es la que ha llevado á la *Greater Britain* á ser una de las más grandes naciones por su poderío, siendo por su territorio una de las más chicas. Asegura que si Inglaterra se entrega en manos de los proteccionistas, pronto perderá su preponderancia comercial.

—El duque de Connaught, hermano del rey de Inglaterra, inaugura solemnemente la gran presa del Nilo en Assuah, que permitirá regar de un modo regular una enorme extensión de terreno, haciendo más fecundo el trabajo de los fellahs.

A. RIERA



¡UNOS TANTO Y OTROS TAN POCO!

# TOTUM REVOLUTUM

¿Nota de la semana?  
 ¿Nota del día?  
 ¿Cuál ha de ser? ¡El gordol!  
 ¡La Lotería!  
 Eso es lo que en los siete  
 días pasados  
 nos ha traído á todos  
 preocupados.  
 ¡El gordol... ¡Imágen bella!  
 ¿Quién no la invoca?  
 ¡Traerá veinte millones!  
 ¡Una bicoca!...  
 Y como el que está arriba  
 y el que está abajo  
 no busca su riqueza  
 con su trabajo,  
 sino que al azar fía  
 grandes empeños  
 y subsiste soñando  
 dorados sueños,  
 cada cual su pequeña  
 bolsa reparte  
 buscando taloncillos  
 por cualquier parte.  
 En cafés y oficinas,  
 como en casinos,  
 tiendas de comestibles  
 y ultramarinos,  
 parientes, compañeros,  
 amigos varios,  
 primos y ejecutores  
 testamentarios,  
 nos ofrecen, á vuelta  
 de algunos reales,  
 el sueño de ser dueños  
 de capitales.  
 —¡Soñemos!... ayer mismo  
 dije á un colega.—  
 Cuento con quince perros,  
 quizá no llega,  
 pero, á la suerte pido  
 muy grandes dones.  
 ¡Hagan juego! Yo tengo  
 muchos talones!...

\* \* \*

No han faltado augures siniestros que han dicho que el gordo de los gordos, el del sorteo próximo, no hará su aparición en Barcelona.

Se fundan en que el primer premio del sorteo pasado tocó en esta capital.

¡Bah! ¡Qué tontería!

En el globo de la suerte entran todos los números.

Y digo, yo:

que á nuestras ambiciones,  
 el Dios de los azares no está sordo.

¡También salió de *El Globo* Romanones después de hacerse personaje... y gordo!

\* \* \*

Sagasta se va quedando sin familia.

A Moret se le van sus adictos para seguir á Canalejas.

Y á don Segis ya no le redime don Práxedes.

Aun teniendo Cruz.

Y Salvador.

(Don Pablo y don Amós, respectivamente).

\* \* \*

Pronto, en toscos barracones,  
 veremos en Barcelona  
 expender entre glotones  
 los riquísimos turrónes  
 de Alicante y de Jijona.

Tarde irá esa expendición.

Silvela entre su legión  
 y Maura, de modo igual,  
 dieron antes el turrón...

¡el turrón ministerial!

\* \* \*

Ah! Y pronto también habrá en la Rambla de Cataluña puestos de venta de aves.

Veremos muchísimos pavos y pollos y patos y... demás.

Lo cual no es nuevo, pues al fin y al cabo, yo más de un pollo ví que es pollo y pavo y el pico da en abrir con gracia suma y, entre gansos también, luce su *pluma*.

\* \* \*

Lo que *aún más* está al caer es la *nó interminable* serie de sablazos con motivo de las Pascuas (que deseo muy felices á todos los que la presente vieren ú oyeren).

Todo será poesía. Todos invocarán á la Musa...

El carbonero, el tahonero, el barbero, el aprendiz del tendero...

Bueno, pues yo elogio á esos rimadores que nos hacen la Pascua poética, con verdadera buena fe.

Recuerdo á un vate anónimo que acababa así unas *décimas* conmovedoras:

« ... y en Diciembre y en Enero  
 haga lluvia ó haga viento  
 siempre está puntual contento  
 y á sus órdenes

*El Sereno.*»

Vaya, que eso es admirable.

Revela un tesón ejemplarísimo.

Porque quien tal cosa escribió se pasaría, de fijo, un par de nohécitas en vela... ¡y rimando!

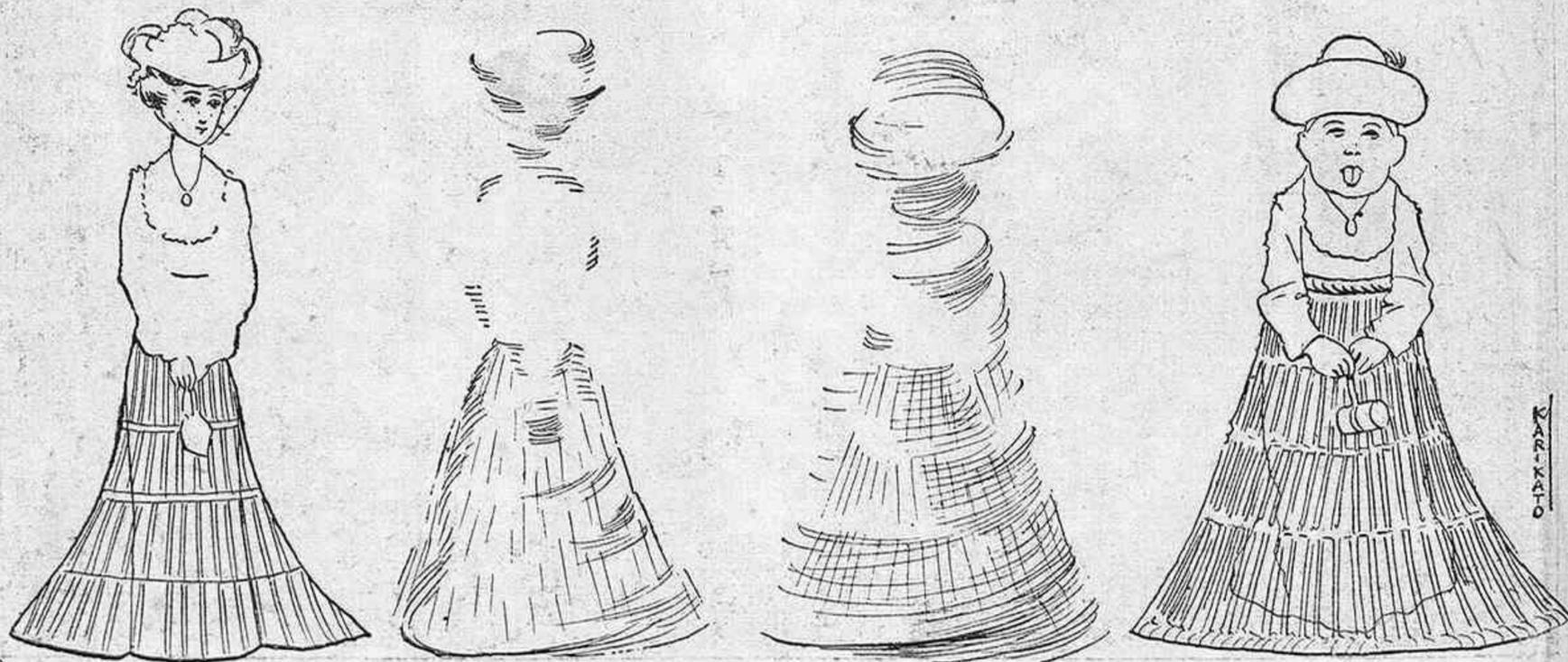
Y, sobre todo: con peores versos ha hecho música Chueca.

\* \* \*

Antes de concluir, conste, señores,  
 mi ferviente deseo:

que logren mis lectores  
 un buen premio en el próximo sorteo!

JULIO MARTÍNEZ LECHA



10 METAMÓRFOSIS, por KARIKATO

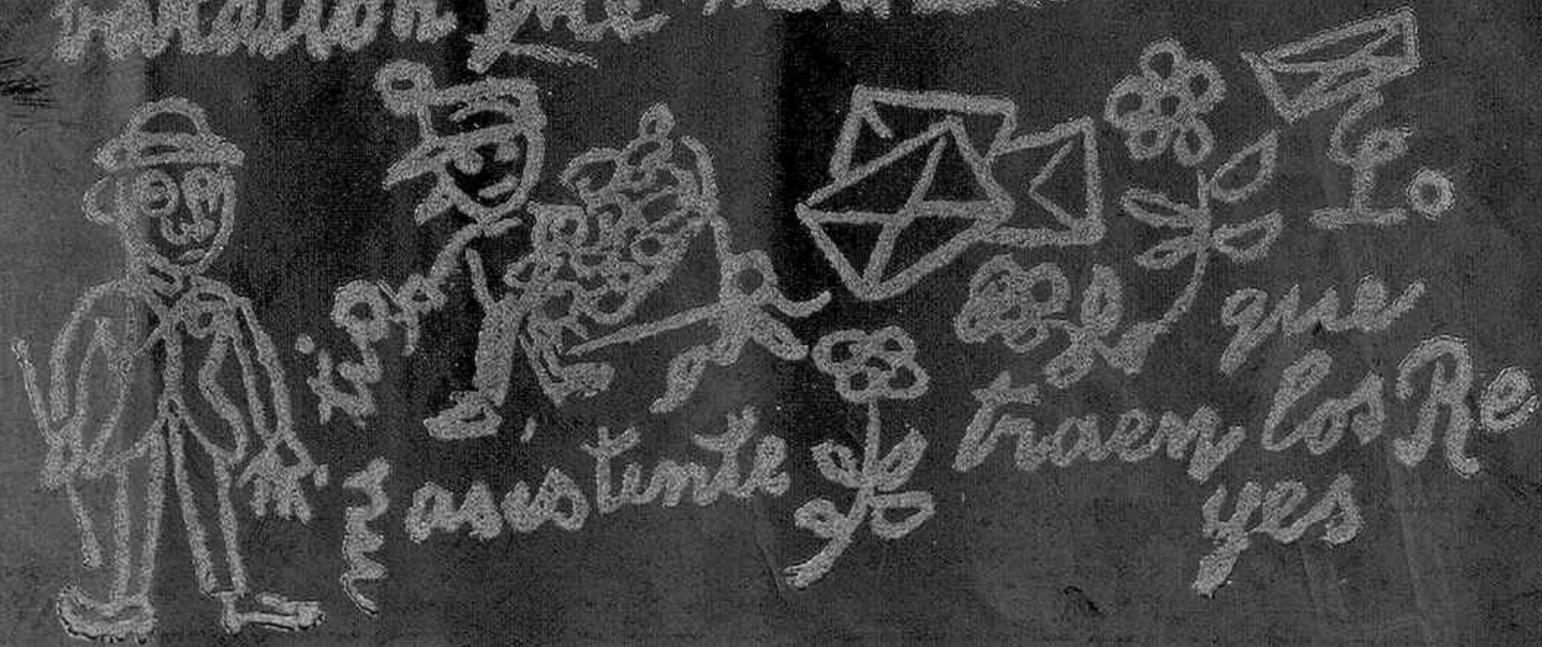


Los amigos de mamá

Mi mamá



batallón que manda mamá



asistente que traen los Reyes

**AGENZIA DI VIAGGI**

**VIAGGI  
ECONOMICI  
E  
DI LUSO  
in tutto il Mondo**

I programmi dell'Agensia si spediscono gratis e franchi a chiunque li richiede.

**ERBRIZZI & C.**

**MILANO** GALLERIA VITTORIO EMANUELE 45-47

PREM STAB. LIT. GALILEO - MILANO.

R. Galli